

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

D. JOSÉ MORENO CARBONERO

EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE DE 1898



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1898



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

D. JOSÉ MORENO CARBONERO

EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE DE 1898



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA E HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1898

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JOSÉ MORENO CARBONERO



SEÑORES:

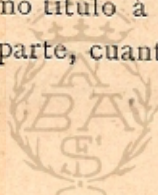
En todo caso habré de pensar que la inmerecida honra de sentarme entre vosotros y llamarme vuestro compañero, la debo exclusivamente á vuestra benevolencia y no á mis méritos.

Pero si para justificar esa benevolencia hubiéreis de buscar un pretexto, seguramente lo hallaríais en mis trabajos pictóricos, no en mis trabajos literarios; porque los unos constituyen la constante labor de mi vida, y los otros no me han ocupado jamás.

Acepto ese pretexto, por no atreverme á contradecir cosa que vosotros afirméis, y á mi vez afirmo que acaso sé hacer cuadros, pero no discursos.

Y nunca se exagerará bastante la inmensa dificultad con que tropiezan los artistas que se hallan en mi caso para llegar al seno de vuestra docta Corporación, pasando por la solemnidad de estas recepciones académicas, que exigen, como condición inexcusable, *un discurso*.

Nadie puede exigir que se sepa hacer aquello que no se ha intentado jamás, ni deben suponerse en nadie aptitudes en un todo desemejantes de aquéllas que se han avalorado para justipreciar el mérito de un artista y adjudicarle el honrosísimo título á que aludo, tanto más de agradecer, por mi parte, cuanto más por inmerecido lo tengo.



Y parecería, no sólo que no se agradece, sino que se menosprecia tan alta distinción, si no se intentara poseerla, realizando el acto á que obliga una formalidad reglamentaria; pero creo yo que puede orillarse la dificultad haciendo aquello que baste puramente para cumplir con esa formalidad, sin comprometerse á llevar á término una empresa que se estima irrealizable.

Pudiera, en efecto, reducirse la fórmula reglamentaria á manifestarse agradecido á la Academia por la merced que de ella se recibe, y á dedicar un recuerdo á aquél cuya vacante se ocupa, lo cual saben hacer todos, cualquiera que sea la forma literaria en que lo expresen, porque, para lo primero, basta saber agradecer, y para lo segundo, saber llorar, cosas ambas que se aprenden con el corazón, sin el que no hay artista posible, ya que al artista se le puede perdonar que no escriba, pero no que no sienta.

Y porque lo siento con intensidad infinita, os digo que si no fuera ya una costumbre establecida la de tocar esos extremos, sería iniciada por mí, siendo, como es, verdadera exigencia de mi espíritu la de cumplir con esos ineludibles y gratísimos deberes.

Vaya como demostración de lo primero el esfuerzo que con este acto realizo, el saludo cariñoso que os dirijo y la promesa que hago de tomaros como maestros, hasta que aprenda de vosotros el modo de ayudaros en vuestras tareas, con laboriosidad y perseverancia por lo menos.

Fácil me sería asimismo lo segundo si fuera dable escribir algunos renglones al entusiasmo y á la admiración que siento por mi insigne predecesor D. Federico de

Madrazo; pero será ya cosa menos sencilla la de trazar, con pluma tan inexperta como la mía, el esbozo siquiera de figura en la que tantos perfiles vigorosos y limpios se destacan.

Haría, no obstante, un esfuerzo para acomodar las dimensiones del elogio á las de la figura, aunque rebasaran algo las que de ordinario se consagran á tal fin en estos discursos, si no me lo vedaran otro género de consideraciones, que habéis de apreciar seguramente en lo que valen.

Tiene acordado esta Academia, y encomendado el trabajo á la Sección de Pintura, que se haga la biografía completa, para que sea publicada, de quien tantas veces y por tantos años la presidió como Director ilustre que fué de ella.

No sólo no se justificaría ya un elogio que saliera de los límites de lo que se viene haciendo en estos actos, sino que todo lo que se salga fuera de los del cariñoso recuerdo, sería presuntuoso, porque pretendería adelantarse al juicio más ilustrado, más detenido, más completo y más atinado que hayan de hacer aquellas personas eminentes á quienes toca examinar, discutir y juzgar esa personalidad artística desde muy diversos puntos de vista, esclareciendo su importancia y la influencia que haya tenido en el desarrollo de la pintura de su tiempo.

Tócame á mí tan sólo afirmar que la ha tenido innegable, y que nadie puede negarle un puesto entre los grandes pintores.

Trátese de quien se trate, bien puede afirmarse que ha llegado á ser grande quien puede decir que ha sido en vida estas tres cosas: precoz, fecundo y combatido.

Por el estudio, la actividad, la perseverancia, la experiencia, la edad por sí sola, el trato con las gentes de reconocida cultura, las lecciones de famosos maestros, y, en suma, por el trabajo persistente, se llega casi siempre á término, no ya cuando se dispone de verdadero talento, sino aun cuando no excedan las dotes de ingenio de las más generalizadas y corrientes; pero cuando se llega á hacer cosas de hombre á una edad en que todos las hacen de niño, es preciso afirmar que se nace excepcional, con aptitudes sobresalientes especiales, y el que así se adelanta á los de su tiempo, pocas veces deja de sobresalir entre ellos.

Pues para demostrar la precocidad de D. Federico de Madrazo, bastará decir que á los catorce años de edad, en que pocos saben dibujar medianamente, componía y pintaba cuadros como el de *La Resurrección del Señor*, que era adquirido por la Reina; *Aquiles en su tienda en el momento en que Iris le excita á libertar el cuerpo de Patroclo*, *La continencia de Escipión* y otros.

Y que había nacido para la pintura y que se sentía artista, lo demuestra el inusitado ardor con que se dedicó á estas labores desde los comienzos, de suerte que vivía en continuada excitación mental, rechazando las distracciones y pasatiempos, hasta que perdida la salud, y preocupada con ello su familia, se hizo forzoso imponerle el descanso y robustecer su desmedrado cuerpo con los ejercicios de campo.

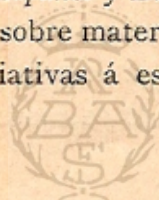
Pero si su precocidad fué grande, no fué menos su fecundidad, verdaderamente asombrosa. La sola enumeración de las medallas de todas clases obtenidas en Exposiciones extranjeras y nacionales, así como el gran

número de condecoraciones, honores, distinciones y recompensas que mereció, perteneciendo á las más altas Corporaciones artísticas en España y fuera de ella, bastaría para demostrarlo, porque no se obtienen premios sin exponer obras, y con sólo que á cada uno correspondiera una, ¡se haría buena lista!

Se necesitaría largo espacio para recordar, no ya todos sus cuadros de composición, en los que recorrió todos los géneros, sino solamente los que andan de boca en boca, como *El Gran Capitán después de la batalla de Cerinola*, que llamó hondamente la atención; *Proclamación de Godofredo, Rey de Jerusalén*, que figura en la galería de Versalles; *La visión de Godofredo en el monte Sinaí*, premiado en París con medalla de oro, y *Las santas mujeres en el sepulcro*, considerado y clasificado por Overbeck como obra bellísima; pero toda enumeración sería imposible tratándose de su galería de retratos, porque el número de éstos que pintó es verdaderamente inconcebible, y casi siempre con gran acierto y rara habilidad.

Cuéntanse por centenares, y con ellos perpetuó la memoria de reyes, príncipes, artistas célebres, políticos notables, personalidades salientes de toda índole, Grandes de España, títulos de Castilla, de suerte que su galería de retratos es un retrato de su tiempo.

¡Y todavía lo tuvo para crear ó colaborar en periódicos artísticos como *El Renacimiento*, *El Panorama*, *El Semanario Pintoresco Español* y *El Artista*; para escribir opúsculos y discursos sobre materias de arte, y para dirigir é imprimir iniciativas á esta Academia de San Fernando!



No basta, sin embargo, la precocidad y la fecundidad para destacar una figura del fondo de lo común, porque pueden atrofiarse las aptitudes prematuras y no tener transcendencia una obra extensa; pero personalidad que se discute con calor y apasionamiento desusados, no puede ser insignificante y menos aún indiferente. D. Federico de Madrazo ha merecido de la crítica los más entusiastas elogios y las más despiadadas censuras, y mientras los unos lo proclaman maestro é inspirador afortunado de una generación de artistas, otros lo tienen por exagerado partidario de escuelas, estilos, tendencias y maneras de ejecutar llamadas á desaparecer, y que, en tal concepto, ha sido dique opuesto á la corriente progresiva del arte. De tan opuestas afirmaciones se saca lo bastante para llegar á la conclusión de que ha sido un artista eminente, como lo es todo el que, acertando ó errando, por inspiraciones de su genio, ocupa la atención de medio siglo y puede decir que es peldaño, vigoroso ó débil, en la escala extensísima que conduce á la cima de los conocimientos humanos. ¡Ocupó su puesto y llenó un hueco, y no hacen nunca más los hombres ilustres! ¡Merece nuestra gratitud y nuestra admiración!

No se me oculta que habrá de ser esta digresión impropia; pero no puedo resistir al deseo de contaros lo que oía de sus labios pocos días antes de morir, pues es curioso saber á qué precio se hizo uno de los cuadros de nuestro Museo Nacional y cómo costó, por desgracia, más caro que se supuso. Hablárame de Goya, á quien trató mucho por ser visita de su casa, y recordaba perfectamente su tipo: era bajo de cuerpo, tenía la voz áspera

é iba vestido con largo gabán de paño verde. Refrióme después lo sucedido con un retrato hecho por el insigne pintor D. Vicente López, al cual había prometido el retratado, que era el gran Goya, darle, si acertaba con el parecido y le gustaba la obra..... ¡una lección de toreo! Terminado el cuadro, hizo de él los elogios merecidos; pero..... ¡le exigieron el pago, recordando lo prometido! Hizo el maestro, toro de una silla, muleta de un dibujo y espada de una regla; pero al consumir la suerte, no tuvieron aquellas piernas de ochenta años el vigor y la fortaleza del espíritu retozón y bromista hasta el fin de su vida, y dió primero con su cuerpo en el suelo, y luego en la cama por varios días, reconociéndose que había resultado cara la obra, haciendo sentir á D. Vicente el no haberla hecho de balde, y demostrándose una vez más que nuestro Goya no debió dejar nunca, por la muleta y la espada, la paleta y el pincel.

Con lo que ya precede, juzgo haber dado cumplimiento á aquella formalidad reglamentaria que mencionaba hace un momento; pero si de todas suertes fuera todavía necesario elegir un tema y desarrollarlo, diría que el mío es el estudio de la manera cómo pueden realizar estos actos los artistas, escribiendo unas veces extensos y nutridos discursos, y limitándolos otras á lo que el desarrollo de la idea artística requiera.

Aunque todos artistas, no son iguales ciertamente los que á esta Corporación pertenecen. Distingue el Reglamento y designa asientos especiales para los que se denominan Profesores y no Profesores. Pertenecen á la primera categoría aquéllos que dan forma exterior á los asuntos propios de las Bellas Artes, realizando lo que

conciben por medio de la Arquitectura, de la Escultura, de la Pintura ó de la Música, mientras que pertenecen á la segunda aquéllos que sólo por la crítica y con la forma literaria pueden dársela á los asuntos artísticos que examinan, discuten, comparan, piensan ó sienten.

Distinción tan honda ha de traer forzosamente otra no menos intensa en la realización de estos actos académicos, porque los discursos de recepción encajan á maravilla en las aptitudes de que los segundos hacen gala, á tal punto, que ese es probablemente el único, y de seguro el más natural y ejercitado medio de expresar sus opiniones é ideas en los conceptos del arte, mientras que no es dable pretender que expresen las suyas los primeros por iguales procedimientos, siendo, como son para ellos, no tan sólo desusados, sino muchas veces absolutamente desconocidos.

Y no se crea que basta esa primera clasificación, porque todavía entre los últimos caben distinciones inexcusables que definen y separan unos grupos de otros y secciones de cada grupo, desde el punto de vista que examino. Porque los arquitectos y músicos tienen mayor contacto y se familiarizan más con la forma literaria, en la que escriben las Memorias de sus proyectos ó á la que dan expresión musical, en tanto que los escultores y pintores, si no la tienen por desconocida, sólo friamente y pocas veces la saludan.

No quiere esto decir que las estatuas y los cuadros sean incompatibles con los discursos, porque no sería difícil citar quiénes hacen con la pluma iguales maravillas que con los palillos ó el pincel; pero sí digo que cabe realizar lo primero con absoluta imposibilidad de inten-

tar sin fracaso lo segundo. Y al que de esto se convence, no sé yo qué género de consideraciones puedan lograr conducirlo á tal riesgo, cuando la más elemental prudencia lo persuade de que debe evitarlo.

La misma Academia prefiere, de cierto, el atinado retraimiento fundado en temerosa duda de lisonjero éxito, á la imprudencia inmodesta de quien provocara justa crítica de ineptitud, rebajando una reputación y un nombre que ella misma, con su elección, había contribuído á enaltecer, estimando otros méritos.

Y no tengo yo por irremediable este daño; porque transija ó no el Reglamento ó la costumbre con que el acto de la recepción académica se reduzca en casos como el mío á la fórmula arriba mencionada; exija ó no el uno ó la otra, tan explícitamente como se quiera, el desarrollo de un tema, la libertad de elegirlo implica la posibilidad de hacer de él caso omiso.

Pero sin tocar ese límite, pudieran adaptarse esos actos á las condiciones de los artistas, y en mi sentir con ventaja, acomodándose, más que á la forma, al fondo de lo que en los discursos se persigue.

Todos los de recepción, tanto para ésta como para las demás Academias, pueden considerarse comprendidos en dos grupos: los del uno son aquéllos que llevan por principal objetivo el de la recopilación histórica, tomando cada concepto desde su origen embrionario; siguiéndolo en su desenvolvimiento, tanto en los diversos tiempos como en los varios países; estableciendo diferencias con relación á aquéllos y agrupaciones con relación á éstos, y ampliando ese sistema hasta comprender el examen de la crítica á que hayan dado margen. Son és-

tos de mera cultura y los más generalizados, apreciabilísimos y recomendables, sin duda alguna, pero asimismo los que más fácilmente pueden excusarse al dirigirse á Corporaciones en quienes ha de suponerse aquélla muy vasta y extendida.

Corresponden al otro grupo aquéllos en los que la crítica se ejercita por cuenta propia, partiendo de ideas personales arraigadas; los que dan á conocer esfuerzos particulares, exponen descubrimientos ó invenciones, traen al debate fenómenos observados, datos recogidos ó hechos comprobados en la práctica de una profesión; los que sintetizan conocimientos adquiridos para agruparlos en una ley, ó siquiera en una hipótesis racional; los que dan idea de intuiciones artísticas geniales que conducen á representaciones materiales de la belleza por procedimientos desconocidos ó desusados, modificando el gusto; los que, en una palabra, contienen algo nuevo, siquiera sea de tamaño escasísimo.

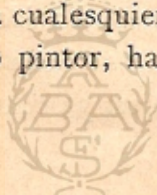
No sé por qué me siento inclinado en todo caso á preferir estos últimos, que definen mejor la personalidad del recipiendario, justificando en cierto modo su elección; pero si en la materia científica es difícil presentar algo nuevo, no así en la materia artística, donde es imposible dejar de tener *maneras* especiales de ver, y sobre todo de ejecutar, las cuales, por insignificantes que parezcan, bastarán siempre para asignar á su autor un *estilo* que lo personifica y distingue y que pocas veces deja de tener en cada uno alguna novedad.

Y desde el momento en que se acepte que para la solemnidad de que deben revestirse estos actos académicos, basta, en punto á lectura, lo que se diga para salu-

dar á los compañeros y recordar al antecesor, así como la contestación que dé al electo, en nombre de la Corporación, el Académico designado para ello, con tanta más razón cuanto que pocas veces se leen por entero estos trabajos literarios; desde que se entienda que el desarrollo de un tema obedece en el fondo á la idea de proporcionar un pretexto para demostrar aptitudes determinadas, casi está resuelto el problema; porque así como resultaría extrañísimo que para manifestar aptitudes de pintor se exigiera el empleo de la forma arquitectónica, escultórica ó musical, no podría parecer adecuada la exigencia de la forma literaria, igualmente inepta para sustituir á lo que es propio de la forma pictórica.

El tema ha de ser, por lo tanto, apropiado á la naturaleza especial del artista y de la Sección en que milita: pictórico, escultórico, arquitectónico ó musical, según haya de tratarlo y discutirlo un pintor, un escultor, un arquitecto ó un músico; y debe, además, desarrollarse en la forma especial, exclusiva y característica de cada una de estas Bellas Artes, sin excluir la de su compañera la literaria, en aquella medida que sea indispensable y en relación con la mayor ó menor facilidad que para manejarla se tenga. Lejos, pues, de desecharse para estos actos el cuadro, la estatua, el monumento ó la pieza de música, pudiera y acaso debiera ser muchas veces verdadero tema ó forma de desarrollo del mismo, en armonía con la naturaleza especial del autor.

Aclararé todavía estas ideas con ejemplos que pudieran tener aplicación á cualesquiera de las cuatro Secciones, aunque, como pintor, haya de tomarlas en la Pintura.



Imaginemos que la personalidad del artista se define por su manera especial de ver en la composición. No sólo pudiera, en general, poner de manifiesto, por medio de dibujos, el error en que se incurriera ó la falta á la belleza que se cometiera al adoptar ciertos términos, al admitir ciertos accesorios, al agrupar de cierto modo las figuras, y demostrar con otros apuntes la ventaja de introducir unos, suprimir otros, ó tratar el asunto sobre la base de su gusto especial aquilataado en una larga práctica, sino que pudiera más concretamente exponer la génesis de alguna de sus obras premiadas y universalmente reconocidas como de mérito especial, dando á conocer sus primeros esbozos, las transformaciones experimentadas por los bocetos y las enmiendas llevadas al cuadro mismo, justificando las variaciones introducidas, en obediencia á su modo de apreciar, y demostrando y *haciendo entrar por los ojos* la bondad de la solución adoptada.

Y aun cuando no se eligieran temas tan extensos como el de la composición en general, en el que las disertaciones serían interminables por los muchos conceptos que caben dentro de la esfera de acción que le es propia; aun cuando se tratara de detalles como el de la aplicación á una sola figura, pudieran hacerse estudios muy interesantes expresados en dibujos verdaderamente estimables.

No es, por cierto, baladí el tema de cómo deben componerse, dibujarse ó, en fin, tratarse las figuras, ya cuando hayan de tener aquella *dignidad* (según frase admitida), que de todas suertes exigen ciertos asuntos y conviene á ciertos personajes, ya cuando deban acusar ex-

traordinaria *llaneza*, sin que á las unas ni á las otras falte la *naturalidad*, que es condición indispensable en el arte.

Y sería curiosísimo ver cómo un maestro en el dibujo apreciaba la importancia de algunos perfiles ó trazos tenidos por característicos de actitudes determinadas, de suerte que presentara *ante los ojos* aquellas modificaciones que dieran ó quitaran esa *naturalidad*, sin las que las unas vendrían á ser pedanterías ridículas y las otras tosquedades groseras, cosas ambas reñidas con la belleza, que es condición indispensable para la obra artística. Pudieran, además, señalarse esas transformaciones en las figuras de cuadros notables, fueran ó no propios, defendiéndose de algunas críticas, justificando las variaciones introducidas en los bocetos y demostrando el acierto de la solución adoptada, todo lo cual proporcionaría verdaderas enseñanzas, dando margen á estudios muy interesantes.

No lo serían menos aquellos temas relacionados con el color, en los que pudieran exponerse los descubrimientos que cada uno realizara en la práctica respecto á las afinidades mutuas en punto á la entonación, haciendo patente cómo se entona ó desentona una *nota de color*—que es la frase corriente—por la variación de alguno, no empeñándose en creer que es entonado y menos aún bello todo lo que es real.

La manera de *tratar* algunos asuntos darían pretexto, no ya para apuntes ó bocetos, sino para cuadros acabados, y la manera de *hacer*, no sólo á cuadros acabados, sino á series de cuadros que presentaran las diferentes fases por que pasan al *mancharse*, *ajustarse* y *terminarse*.

¡Qué importante para la Academia el conocer así á los artistas y conservar sus propias revelaciones en lo que constituye su estilo y su personalidad!

Mucho pudiera extenderme en los trabajos variadísimos á que pudieran dar margen las controvertidas ideas traídas al debate por el *modernismo* con sus procedimientos impresionistas, decadentistas, puntillistas, virgulistas, simbolistas, etc., ya para combatir sus evidentes exageraciones y extravagancias, ya para defender lo bueno que todos los sistemas tienen cuando son manejados por hombres de talento y dejan en sus obras destellos del genio; y no hay para qué dudar que los que ingresaran en nuestra Academia no habían de pertenecer á la clase de los anarquistas en el arte, sin objetivos racionales, que se dejan arrastrar por la afición á las novedades, por el estímulo de una notoriedad cualquiera ó por las ventajas del anuncio bullicioso que de aquellas novedades se deriva; pero no hay para qué entretenerse en indicar nuevos temas, que serían inacabables, puesto que basta á mi objeto con lo que precede. Cada uno los encontraría allí donde nadie los sospechara, y nada es tan fácil ni tan agradable como exponer lo que se sabe y por experiencia se conoce, de la manera que se tiene por costumbre practicarle.

Pero lo que digo de la Pintura es aplicable á las demás Secciones, aunque los puntos de vista variarán en armonía con el carácter especial de cada una, de suerte que bien pueden tenerse los temas por inagotables, aun habiendo de tratarse en la forma que recomiendo.

Reconozco que puedo estar equivocado; pero mi convicción respecto á la ventaja de considerar así el asunto

es tan profunda, que me parece inútil patentizarlo con razones que evidentemente se ocurren.

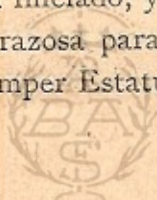
Sería para algunos artistas una solución anhelada, que les permitiría llegar pronto á tomar posesión de este cargo, sin el temor al fracaso, que obliga á involuntario é indispensable retraimiento; se llegaría á formar una colección interesantísima de apuntes, dibujos, esculturas, cuadros y obras, en fin, artísticas de muy variada índole, que tendrían, además del mérito absoluto, el de llevar la firma de maestros cuyo nombre fuera universalmente conocido, y el relativo de haber servido para estos actos; tendrían muchas veces verdadero valor histórico, acrecentado al formar colección con los demás, y la Academia cambiaría algunos discursos por obras de indiscutible belleza, como salidas de las manos de quienes fueran en producirlas los más capaces y mejor reputados.

Y si los temas á que me he referido hace un momento se desarrollaran sobre retratos de Académicos antecesores, cuando esto fuera dable, ya pintados ó modelados, la colección que se formara tendría indiscutible valor y doble interés histórico, porque perpetuaría la memoria de insignes Académicos con obras de verdadero mérito que llevaran las firmas mejor reputadas de la época en que se hicieran.

Nada hay en esto que se oponga al espíritu de los Estatutos y del Reglamento, y aun pudiera decirse que ni á la letra, porque basta dar á la palabra tema, asunto ó *punto sobre que ha de versar el discurso*, la interpretación, en mi sentir, racional y pertinente que dejo indicada, y hasta quedaría el *discurso* que en aquéllos se

prescribe como explicación más ó menos lata, tanto más reducida cuanto mayor extensión se diera á la parte gráfica, escultural ó arquitectónica. A nadie extrañaría que se desarrollaran en discursos de esta índole temas como los de perspectiva, historia de la estereotomía, superficies adoptadas para las bóvedas, anatomía artística, intensidades de los colores, sombras, estabilidad y combinaciones de las materias empleadas en la pintura, y tantas otras que no podrían explicarse sin el auxilio de figuras geométricas, fórmulas químicas, representación de aparatos, diagramas, esquemas y reproducciones, en fin, pintadas ó esculpidas; pero aceptado esto, y no puede menos de aceptarse; aceptado que en los discursos de índole artística pueda haber texto y dibujos, está todo admitido, puesto que de la extensión con que cada asunto haya de tratarse sólo es juez el autor.

Y si yo no creyera que estas ideas cabían por completo en los Estatutos y Reglamento de la Academia, no las hubiera profesado menos; pero acaso me hubiera abstenido de indicarla, para no entrar con el mal pie de censurar lo que nadie ha censurado hasta ahora, ni yo censuro; lo que se ha tenido por bueno hasta aquí, y yo no tengo por malo; lo que no se ha entendido, ni yo entiendo que deba modificarse. Limítome á pensar que esa interpretación es muy conveniente y que cabe en la letra de los artículos que á esto se refieren, mejor dicho, que sólo se opone á que esto se haga la falta de costumbre, por no haberse nunca iniciado; y á romper una tradición injustificada y embarazosa para los artistas, tiende mi trabajo; pero no á romper Estatutos y Reglamentos que



merecen todo mi respeto, y que no se oponen de ninguna suerte á lo que pretendo.

Sólo os diré ya, para terminar, que prácticamente os demuestro la bondad de lo que defiendo. Con otras ideas, aún estaría pensando en la manera de dar forma literaria á un tema artístico; con éstas..... ¡ya estoy entre vosotros!.... Muchas gracias.

HE DICHO.



CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. AMÓS SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ





SEÑORES:

Es la primera vez que recibo de una Academia el encargo y el honor de representarla en uno de estos actos, contestando en su nombre al Académico recipiendario. Y declaro ingenuamente que andaba temeroso de que esto sucediera, porque tenía la certeza de no corresponder con acierto.

O había de hacer lo que es costumbre contra mi voluntad, ó había de hacer mi voluntad contra la costumbre, y ni puede hacerse bien lo primero ni quisiera hacer lo segundo.

Alardeo de ser respetuosísimo con la tradición, y raras veces me arriesgo á romper con lo generalmente aceptado; pero nadie puede excusar el arraigo de convencimientos reñidos con lo que ve en la una y en lo otro. Ni mi opinión daría sobre el particular, evitando que se estimara como censura, si no me invitara á ello la naturaleza del discurso que habéis tenido el gusto de oír y apreciar en lo que vale; pero cuando en él se exponen ideas sobre lo que debieran ó pudieran ser los de los artistas en estos actos de recepción, parece que la mejor contestación consiste en exponer á la vez el concepto que se tenga de estas contestaciones.

Dice el Sr. Moreno Carbonero, y tiene razón, que no faltan jamás en los discursos, cualquiera que sea el tema

elegido, las manifestaciones de gratitud por el honor recibido, el saludo afectuoso á los compañeros y el recuerdo á la memoria del antecesor, cosas todas que afectan á la Academia y que no puede dejar de tomar en consideración sin evidente descortesía. Es, pues, inexcusable el deber de recoger esas ideas y corresponder con otras no menos corteses, para manifestar el agrado con que la Corporación recibe en su seno al nuevo Académico por ella elegido, y para eso designa uno que la represente y conteste en su nombre, haciendo además la presentación del recipiendario, no sólo á quien con la elección ha demostrado que lo conoce hondamente y avalora sus méritos, sino á quienes dan brillo y solemnidad con su presencia á estos actos reglamentarios.

Pero contestar al discurso, haciéndose cargo del tema en él desarrollado, es cosa bien distinta y que me causa siempre una gran extrañeza, porque esos discursos son la expresión de ideas propias sobre materias determinadas que se dan, es cierto, primero á la imprenta y luego á la publicidad, y, por lo tanto, á la controversia y á la crítica, la cual se ejercita precisamente en la medida que alcance la importancia del asunto y el nombre del autor; mas no se entregan á la discusión por el momento y en un acto oficial, donde no puede contarse con una réplica que no es reglamentaria.

Ahora bien: si la contestación se reduce al elogio que el discurso merezca, se entra de lleno en ese terreno de la cortesía á que antes aludía, al cual inexcusable y gratamente debe llegarse; pero si no es sólo eso, ó han de ampliarse los conceptos del autor ó han de rebatirse, y no sé qué es peor. En lo primero parece que va envuelta

la especie de que no satisface por completo el estudio realizado, que no se le ve completo, que se le estima deficiente, y al desarrollarlo ampliándolo, se establece implícitamente una cierta competencia sobre quién sabe más ó espiga mejor el campo de esos conocimientos, demostrando mayor acierto, experiencia ó cultura, todo lo cual es opuesto á un recibimiento cariñoso y tiende á repartir entre dos la atención del auditorio en un acto que corresponde por entero, y por entero debe dejarse, al recipiendario. Pero aún se comprende menos que se ejercite la censura rebatiendo los conceptos del tema, manifestando abierta disconformidad y oponiendo otras ideas que no pueden ser ya reglamentariamente contestadas, porque no sólo no se recibe así con la benevolencia y el afecto, sino con las disciplinas. Es verdad que no puede pedirse á nadie que se acomode y transija con ideas que no son suyas; pero pudiera pretenderse mayor acierto en la elección de persona encargada de representar á la Academia.

En todas he visto ejemplos de lo primero y de lo segundo, siendo actores sus más ilustres miembros, á quienes no ha de faltar jamás mi admiración y respeto. No sé yo si han llegado á tal extremo por no romper con la costumbre y con repugnancia igual á la mía, ó por voluntad propia y naturales estímulos: de todas suertes, bien hecho está si ellos lo han hecho; pero aun cuando yo mismo, por iguales respetos, hiciese alguna vez cosa parecida, séame lícito decir que no me será agradable ni lo encuentro apropiado, porque, en mi sentir, debe la contestación reducirse á hacer la presentación del nuevo Académico, correspondiendo á sus frases de cõrtesía con

la benevolencia y el cariño, y dejando por lo demás que su figura se destaque sola en un acto que es suyo y que á él solo se dedica.

Y si me arriesgo á expresar estas opiniones, es porque realmente en este caso no cabría hacer otra cosa, puesto que nuestro nuevo compañero afirma que no ha elegido un tema ni ha hecho un discurso, y he de respetar esa afirmación, aunque á todos nos tiente la creencia de que por ó contra su voluntad ha hecho lo uno y lo otro del modo que lo hace todo, es á saber: sin dar valor á lo que hace.

Lo que yo pienso es que no sabe él mismo, como nosotros que tocamos dentro de la Corporación los inconvenientes, la gran importancia que tienen sus indicaciones, para mí acertadísimas, y la necesidad que se impone de tomarlas en consideración en una ú otra medida. En efecto: la experiencia y la comparación con otras Academias conduce á las conclusiones que voy á señalar, y que afectan, como veréis, á la constitución misma de ésta, terriblemente mutilada casi siempre.

Se observa, en primer lugar, que mientras el número de electos en otras Academias oscila, por lo general, entre la séptima y la sexta parte del de Académicos, en ésta llega frecuentemente á la tercera parte, siendo de notar que, como presentía el Sr. Moreno Carbonero, casi siempre está completa la Sección de Arquitectura, y la mayor parte de los electos corresponden á las Secciones de Pintura y Escultura, con lo cual llega á reducirse el número en éstas á la mitad.

Obsérvase asimismo que, descartando aquellos casos excepcionales en otras Academias que nunca pueden evitarse, ó se realizan las recepciones dentro de los pla-

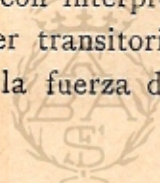
zos reglamentarios ó poco menos, mientras que no es raro entre nosotros ver que transcurran muchos años.

Finalmente, es de notar que no se emplea menos tiempo que ese en dar contestación á los discursos presentados, y que no son los más expeditos aquéllos que tienen facilidad reconocida para pronunciar y escribir discursos.

Pues todo esto no puede atribuirse á la casualidad, sino á dificultades que no está en la mano de nadie evitar dentro del régimen establecido, y que forzosamente fijan la atención de todos nosotros, y os ha preocupado y preocupa á vosotros, mucho más experimentados y más antiguos que yo en esta casa.

No he de ser yo menos respetuoso que el Sr. Moreno Carbonero en este punto; y así como él afirmaba que, á pesar de su convencimiento, no se hubiera atrevido á exponer sus ideas si no creyera que cabían dentro del espíritu y la letra del Reglamento, porque nada estaba más lejos de su ánimo que censurar cosa alguna, digo yo á mi vez que hubiera guardado absoluto silencio sobre el particular si no conociera la atención que mis compañeros dedican á la resolución de este problema y la perseverancia con que buscan la mejor manera de evitar estos inconvenientes.

No será cosa tan fácil y hacedera como á primera vista pudiera parecer, y acaso no se hallara la solución sino en la combinación de varias circunstancias; pero no podrá dejar, en mi sentir, de considerarse atinada la recomendación de facilitar en cuanto sea dable la realización de estos actos con interpretaciones expansivas, aunque tengan carácter transitorio, porque, de todas suertes, es innegable la fuerza del razonamiento que



hace el Sr. Moreno Carbonero, á saber: «Siempre será difícil llegar á realizar un acto en el que es forzoso ejecutar algo que no se sabe hacer, ó que habrá repugnancia en hacer, porque constituye un medio artístico de expresión desconocido ó desusado para quienes exclusivamente se dedican y cultivan los procedimientos que á las otras cuatro Bellas Artes corresponden.»

Seguramente no servirá á nadie para juzgar de las dificultades con que pueda tropezar alguno al escribir un discurso, el que acabáis de oír al Sr. Moreno Carbonero, porque si diciendo tan resueltamente, como él dice, que no sabe, hace lo que ha hecho, será difícil imaginar que haya quien no pueda salir airoso en estos trances. Con él ha demostrado que esa afirmación no ha sido otra cosa que un tema elegido y desarrollado con escrupulosa mesura y dejando á salvo todo género de respetos. Pero ha hecho más, y en esto ha demostrado que es pintor, porque se ha retratado á sí mismo. Así lo hace todo; esa es la nota dominante de su carácter: jamás da importancia á lo que produce; se llega á creer que por vía de pasatiempo, aunque es de los que más piensan, ejecuta aquellas obras que luego merecen las más altas recompensas, y él mismo parece sorprendido de tales éxitos. Pudiera decir que no soy yo el que os lo presenta, sino él mismo; y á decir verdad, la presentación de un artista de tanto mérito pudiera tenerse por totalmente excusada. Acaso la necesitan los hombres de ciencia que viven y son conocidos y apreciados entre los que á la ciencia se dedican; pero los artistas están en constante comunicación con el pueblo; á todos se dirigen; con todos hablan ese lenguaje especial del sentimiento, que es

el fundamento de las Bellas Artes; por el camino de lo bello entran en todos lados, escalan las viviendas, mueven los corazones, agitan el alma, y sólo llegan á las cimas del arte cuando van acompañados de los aplausos de las multitudes, cuando las muchedumbres los entienden; porque en las pasiones y formas humanas, en las realidades de la naturaleza y de la vida han de inspirarse si aspiran á realizar esos sublimes retratos que no fijan ni dan el parecido de los semblantes, sino el de las costumbres de los tiempos, de las sociedades, y no será mucho que éstas entiendan de las cosas que á ellas mismas se arrancan por el genio.

Es, pues, de todos conocido nuestro artista, no sólo en España, sino fuera de ella, porque en el extranjero ha ganado los más estimados y numerosos premios: su presentación es innecesaria; pero no así el recuerdo de sus méritos y el de su importancia en la pintura moderna.

He dicho ya cuál era una de las notas distintivas de su carácter, que no puede ser más española; pero no es en esto sólo español: lo es asimismo en su paleta, de donde saca el cielo azul y el sol brillante de nuestro clima, de tal suerte, que se siente calor delante de sus cuadros, y lo es mucho más si cabe en la elección de los asuntos, que cuando no los saca de nuestra historia ó de las costumbres populares, los toma, y con especial predilección, de nuestro gran *Don Quijote*, que es la más española de nuestras obras. Interpretar *El Quijote* es interpretar, no ya nuestra sociedad de hoy, sino la de todos los tiempos, y en esto precisamente es en lo que resulta inimitable, habiéndose considerado por todos siempre como difícilísima empresa. El la realiza multiplicando á cada mo-

mento la serie de estos cuadros, y en cada uno se encuentra con un triunfo ruidoso.

La enumeración de cuantos ha obtenido en Exposiciones nacionales y extranjeras, bastaría ya para completar su figura; pero él mismo, con lo que ha hecho al recordar la de D. Federico de Madrazo, por tantos títulos notable, me da la norma del camino que puedo yo seguir para demostrar la importancia de la suya.

Le basta, dice él, á una personalidad para ser ilustre el poder decir que ha sido precoz, fecunda y combatida, y quiero investigar por mi parte si reúne, sin saberlo, estas tres condiciones nuestro artista.

Como no fué Málaga centro artístico hasta la llegada de Ferrandiz en 1870, no tuvo en su niñez idea de lo que era la pintura; pero apenas vió en esta época y á la edad de once años un cuadro en un escaparate, compró colores, que él mismo preparaba después, y pintó con ellos su primer cuadro, que siempre ha querido conservar y que fué justamente aplaudido, representando las escenas que entonces veía y que no eran otras que los juegos de sus hermanos. Es de notar que desde sus primeros pasos hasta los últimos ha tenido particular afición al sol y al aire libre, sirviéndose del estudio para exponer sus obras, para pensar y tomar descanso; pero buscando siempre la escena propia de cada asunto y trasladándose á ella para darle forma pictórica. Y no dejan de tener chiste algunas cosas que le han sucedido por su afán de trabajar fuera del estudio, buscando siempre el natural, entre las cuales hallo una que no resisto á la tentación de contarla. En tiempos de la República pintaba en un abandonado cuartel, que había sido convento, y dejó olvidado

una tarde un soberbio caballete, que encontró al otro día reducido al esqueleto de hierro, tendido sobre un montón de ceniza: habíanlo quemado los milicianos nacionales, tomándolo por aparato destinado á tallar quintos.

Era, digo, dejando estas digresiones, pintor á los once años, aunque desconocido; pero ya lo fué á los trece, porque en 1871 pintó, bajo la dirección de Ferrandiz, el cuadro *La posada de la Corona*, que figuró en la Exposición regional de Málaga, obteniendo segunda medalla, y que fué adquirido y es conservado por la sociedad «El Liceo.»

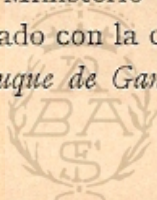
En 1875 concurrió por primera vez á las Exposiciones nacionales de Madrid, obteniendo tercera medalla por su pequeño cuadro titulado *Un alto*.

Pensionado por la Diputación de Málaga, fué á París recomendado á Goupil, que le compró todos sus estudios y presentó al gran pintor Gerome, que fué algún tiempo su maestro.

La aventura de Don Quijote con el carro de las Cortes de la muerte, que adquirió en París M. Herran para su rica colección, le proporcionó en Madrid una segunda medalla en la Exposición de 1878. A la de 1881 envió desde Roma, donde á la sazón estudiaba, *El Príncipe de Viana*, que fué premiado con primera medalla y adquirido para el Museo Nacional. Por este cuadro le dieron también en Munich la cruz de San Miguel de Baviera.

En este mismo año ganó por concurso la pensión de mérito en la Real Academia de España en Roma, y desde este punto envió al Ministerio de Estado su cuadro *Los Gladiadores*, premiado con la cruz de Carlos III.

La *Conversión del Duque de Gandía* le proporcionó en



Madrid otra primera medalla, en Munich y en Viena dos grandes medallas de oro y otra de oro en la Exposición internacional del Vaticano, y desde esta época es ya imposible recordar todos los cuadros que ha pintado en demostración de su fecundidad.

Aún sería larga la lista limitándola á los más conocidos y más encomiados, siendo de notar en todos su esmero en la manera de componer, imitando en esto, según dice, al gran compositor, no ya de escenas, sino de figuras y de simples cabezas, Van Dick, de quien es en esta parte tan entusiasta como de Velázquez en la parte pictórica. Así es que le fué encomendado para San Francisco el Grande el cuadro de *El sermón de la montaña*, y parte de la cúpula en unión de los insignes maestros Ferrán y Muñoz Degraín, siendo recompensado con la encomienda de Isabel la Católica, y el Senado le encargó para el salón de conferencias *La entrada de Roger de Flor en Constantinopla*, cuadro justamente aplaudido.

En 1890 obtuvo en Budapesth la gran medalla del Estado, única que se da entre todos los artistas extranjeros.

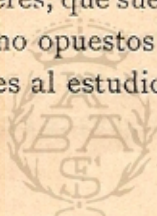
En 1891 el gran diploma de honor, la mayor recompensa en la Exposición internacional de Berlín, por el cuadro *Los dos amigos Rocinante y el Rucio rascándose al sol en pleno día*.

En 1896 adquirió el Emperador de Alemania su notable cuadro titulado *Gil Blas*, y recientemente ha sido adquirido para la galería nacional de Budapesth el conocido con el nombre de *Vado en el Guadalquivir*.

Y sin alargar ya más esta lista de cuadros y recompensas, diré tan sólo que ganó por concurso de medallas la clase que actualmente desempeña de Dibujo del natu-

ral en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado, y que á la muerte de nuestro ilustre ex-Presidente, D. Federico de Madrazo, fué elegido en esta Academia por unanimidad para cubrir esa lamentada vacante. Ha recorrido, pues, en poco tiempo, y dando pruebas de gran laboriosidad, todos los puestos á que puede aspirar un artista, aun aquéllos á que se llega de ordinario en los últimos años de la vida.

Finalmente, no hay para qué decir que ha sido discutido un artista de tendencias, escuela y manera de hacer tan opuestos á las de quienes preconizan sistemas conocidos por los nombres de realistas, impresionistas, modernistas y otros, á los cuales combate con todas sus fuerzas, en sus exageraciones por lo menos. Acepta de buen grado que el fundamento del arte sea el estudio del natural, y que toda obra artística se inspire en la realidad; pero no transige con que la sola misión del artista consista en copiar el modelo, ni con que la Naturaleza sea siempre bella, teniéndolo todo hecho el pintor que copia lo que ve, sin detenerse á mirar si lo que copia es bello. Cree que no es el azar, sino el pensamiento, quien da el asunto, la ocasión, el momento, agrupa los elementos de la composición, los distribuye y combina, mueve las figuras, les hace sentir y pensar, elige la entonación, y ejecuta, en fin, en armonía con sus ideales y propósitos. Estos conceptos le llevan á ser muy cuidadoso de los detalles, y á ponerse en pugna con el impresionismo y sus congéneres, que suele rechazarlos con evidente exageración como opuestos á la realidad, cuando obedecen muchas veces al estudio escrupuloso y sincero de la realidad misma.



Parece incuestionable la afirmación de que los objetos reales cambian de apariencia con la distancia, y que, dada ésta, no hay más que una sola manera de verlos, y, por lo tanto, de copiarlos. Todo cuanto se suprime de lo que se ve, y cuanto se añade y detalle de lo que no pueda verse, dañarí­a igualmente á la exacta reproducción del original y al efecto real que deba producir la imagen. Y cuando se contesta que la mejor manera de reproducir la naturaleza sería el conseguir, como ella, que á diversas distancias correspondieran en la reproducción apariencias diversas, no es menos contundente la refutación que consiste en afirmar que no hay más que un punto de vista fijo para cada cuadro, al cual deben subordinarse los detalles, sin pretender el imposible de hacer varias reproducciones en una.

No puede negarse la exactitud rigurosa de esos razonamientos; pero sin traer ahora á debate ideas sobre el punto de vista, en otra parte apuntadas, y que pudieran dar margen á amplísimos desarrollos, bueno sería recordar que la perspectiva lineal se completa con la aérea en la pintura; que no se trata de resolver un problema puramente geométrico, sino artístico, y que el arte dispone de recursos especiales, exclusivamente suyos, que le permiten llegar al fin que persigue con una flexibilidad negada por completo á la matemática. Por eso no es absolutamente preciso ocupar la posición que marca el punto de vista para examinar un cuadro, sino que puede variar entre ciertos límites, dentro del campo de la ilusión que produce la imagen artística, obligando ésta al espectador á mirar desde donde no mira, si se me permite esta frase. Sería inocente en los techos, por ejem-

plo, reproducir detalles sólo visibles á una distancia menor de la que puede ocupar el espectador; pero sería arriesgado censurar siempre el que la del punto de vista fuera mayor que la altura, porque dentro de los límites prudentes que señalo, cabe conseguir el efecto artístico de elevar esos techos con la supresión de ciertos detalles y la modificación de la perspectiva. En cambio, cuando se hacen los cuadros para salones grandes y puntos de vista lejanos, pero que han de ser, no obstante, vistos á menudo muy de cerca; hará bien el artista en estudiar concienzudamente los detalles, porque la ilusión artística no puede llenar el espacio que media entre el verdadero punto de vista y el que frecuentemente ocupe el espectador, por lo cual, aunque esté acabado para una distancia larga, aparecerá como una simple mancha, incompleto, borroso y abocetado para aquellas otras más cortas, desde las que haya de ser mayor número de veces visto. Pero este imposible problema geométrico y sólo artísticamente posible, es una de las mayores dificultades que puede proponerse vencer un artista, porque á una grandísima prudencia que lo contenga dentro de los límites en que pueda ser realizable, necesita añadir un gran tino para elegir los detalles que puedan conducir únicamente á su objeto, y un acierto tal para manejarlos finamente y dentro de la escala de su importancia, que bien puede asegurarse que sólo es dable conseguirlo á los grandes maestros. El mucho detallar asigna á los cuadros un carácter de minuciosidad tan inocente, tan pueril, que pocas veces puede ser elogiado un sistema opuesto por naturaleza á toda manera de ver sencilla y de ejecutar fresca. Aun los detalles sobriamente elegi-

dos, si no se tratan con gran maestría, dañan tanto á la obra pictórica, que pueden señalarse como indiscutibles defectos en muchas de verdadera importancia.

Pero cuando se manejan con tal arte que sólo tienen una existencia efímera y para ciertas distancias, desapareciendo en la imagen como en el original, de suerte que no dañen al cuadro examinado desde su verdadero punto de vista, entonces todo elogio es poco y bien pudiera decirse que se realiza un imposible. ¡Cuántas veces he visto censurar por detalles, y sólo por serlo, algunos que daban solución acertadísima á esta dificultad extraordinaria! ¡Con cuánto orgullo puede aceptarse, poseyendo ese acierto, el dictado de detallista!

Reúne, pues, el Sr. Moreno Carbonero aquellas condiciones que juzgaba bastantes para hacer el elogio de otro artista, y también él llena un hueco y ocupa un puesto eminente en la escala de nuestro desenvolvimiento pictórico; de suerte que la irreparable pérdida de D. Federico de Madrazo se halla en lo posible compensada con la notoriedad del que lo sucede, debiendo estar orgullosa la Academia por su elección.

Para presentarlo ante vosotros, he seguido un camino ya trazado por él en su discurso; pero todavía quiero imitarlo en la manera de terminar.

Lo hacía él con estas cariñosas palabras: «¡Ya estoy entre vosotros!» Y para dar yo fin á este trabajo, reiterando mi agradecimiento por vuestra bondad, digo estas otras: «¡Ya lo tenemos aquí! ¡Bien venido sea!»



HE DICHO.

